

Ellos quieren un Dios personal, que sea padre y amigo, fuerza, luz y amor, que tenga piedad de los dolores y de las lágrimas de los pobres: un Dios que vele por las familias y proteja á los pueblos.

NATURALEZA DE DIOS.

Parece un atrevimiento de la inteligencia humana querer investigar, desde el fondo de su pequeñez, la naturaleza del Ser Divino.

¿Acaso puedes comprender, decía el viejo Job, los caminos de Dios, ó entender al Todopoderoso hasta lo sumo de su perfección?

Es más alto que los cielos: ¿qué harás entonces? Es más profundo que los abismos: ¿Cómo has de poder conocerle?

La adoración muda, conviene más á nuestra impotencia, que los himnos temerarios.

El silencio, es la verdadera alabanza para Dios.

Y sin embargo, el entendimiento humano puede, aunque imperfectamente, conocer su naturaleza y debe emprender esa tarea, porque vale más

ese conocimiento, que poseer todas las ciencias humanas.

Las generaciones actuales, fascinadas por la materia, aplicadas á sus intereses de la tierra, arrastradas por la ola de los acontecimientos que atormentan nuestra vida social, sólo se fijan en las fáciles elucubraciones que llaman actualidades.

El estudio del dogma católico, es para el mundo actual un desierto árido y triste, y las vibraciones de la palabra divina, suelen causarle mortal enfado.

Es, sin embargo, preciso hacerla escuchar, porque el pensamiento humano tiende, por su naturaleza, hacia las alturas que lo acercan al mundo divino.

Hemos establecido la existencia de Dios, base y fundamento del edificio de la verdad, apoyándonos en ese principio: *no hay efecto sin causa.*

Y al ver las maravillas que están poblando el universo, sus movimientos, su vida, sus perfecciones y el orden prodigioso que observa la creación, no hemos podido menos que reconocer la existencia de una causa primera, con toda la con-

vicción que inspira la lógica irresistible de un razonamiento correcto.

Tenemos que seguir el mismo camino para conocer la naturaleza del Ser Supremo.

El, se ha definido diciendo: *Yo soy el que soy*

Definición admirablemente expresiva, pero que no podemos comprender en todo su alcance, porque es imposible que el concepto de una inteligencia creada, represente la perfección de la esencia Divina.

Tenemos que proceder también por inducción.

Tenemos que partir de este principio, cuya evidencia nadie, por preocupado que se suponga, puede poner en duda: *Todo lo que hay en los efectos, debe estar contenido de una manera superior en esta causa, sobre todo, cuando esta causa es la primera, universal y completa.*

Debemos, pues, afirmar de Dios hasta la eminencia, todo lo que hay de ser en las criaturas, y negarle toda imperfección y todo límite en el Ser.

Afirmaremos, pero sobre todo negaremos: la negación, dice Santo Tomás, es lo más seguro y lo más digno del Ser Divino.

“Afirmando, agrega el Padre Monsabré, quedaremos siempre abajo de la inaccesible majestad de Dios; negando, la desprenderemos de todo lo que pudiera empequeñecerla, y la cubriremos con un velo misterioso, que la levante en nuestra estima.”

“Por eso, continúa el célebre orador de nuestra Señora, los cantores de las perfecciones Divinas, han querido que el espíritu humano proceda en la definición de esas perfecciones, con afirmaciones discretas, precisadas y corregidas por respetuosas negaciones.”

En obediencia de esa regla, ensayemos investigar la naturaleza de Dios, apresurémonos á conocerla, tal como puede investigarla y conocerla nuestra débil inteligencia.

Las criaturas existen, son alguna cosa, tienen cierta perfección, medida, como dice el P. Monsabré, por cuatro grandes múltiplos: el espacio, el movimiento, el tiempo y el número.

Las criaturas existen: nadie hay que lo dude: su existencia es evidente.

Pero no es menos evidente que, en alguna vez,

no existían: luego en ellas tuvo principio la existencia.

Ellas evidentemente no se la dieron, porque, siendo nada, no podían producir el ser: la nada, nada produce; luego otro les dió esa existencia.

Ese otro le tenía, una vez que la daba, porque nadie da lo que no tiene.

Ese otro tiene, por la misma razón, que haberla recibido de otro.

Entonces, tenemos ó que admitir una serie infinita de causas subordinadas ó que llegar á una primera en la que no tuviera principio la existencia.

Lo primero, como ya se ha demostrado, es un absurdo.

Preciso es, entonces, porque á esto nos conduce la inflexible lógica del razonamiento, admitir una causa primera en la que no tuvo principio la existencia.

Es decir, una causa que nada recibe de otro, que nunca ha dejado de existir, porque entonces nada existiría.

En fin, una causa, cuya esencia es ser el ser mismo; porque la fuente no tiene fuente, el principio no tiene principio, el primer autor no tiene

autor: la fuente es su fuente, el principio es su principio, el primer autor es su autor.

Es como, dice San Agustín, con enérgica frase: el ser, existiendo siempre, *esse verum*; el ser, sin mezcla de no ser, *esse sincerum*; el ser, de origen, *esse germanum*.

Ahora ya puede columbrarse la profunda verdad que encierra la definición que dió el Señor de sí mismo, cuando decía: *Yo soy el que soy*.

El es la existencia misma, la existencia por sí misma, la existencia eterna.

Es el inmenso océano del ser; mientras que las creaturas son apenas el ténue vapor de la nube salida de su seno, sin quitarle nada á su plenitud.

En las creaturas hay ser; pero ser que tuvo principio: en la causa primera debe existir el ser que hay en sus efectos, pero sin imperfección, sin principio.

Dios, en consecuencia, es el primer ser.

Dios es el ser primero, luego nadie le precede.

Tiene, entonces, que ser simple, porque á lo compuesto lo preceden las partes que lo componen; lo compuesto, es fatalmente posterior á los componentes; lo compuesto se hace uno, porque los elementos que lo constituyen son conducidos

á la unidad por una fuerza superior y antecedente, señora del movimiento y del orden.

En Dios, por lo mismo, no hay, no puede haber cuerpo.

Dios, en consecuencia, es el primer ser y es un espíritu.

Y tiene que ser un espíritu puro, es decir, enteramente desprendido, en sus operaciones, del contacto de la materia: de otro modo sería un ser, como el hombre, compuesto de espíritu y materia: ya no sería el primero, porque en el ser compuesto son primero los componentes que el ser que de la composición resulta.

Y no es sólo un puro espíritu.

En el espíritu hay ciertas composiciones que, sin alterarlo, lo mantienen en un rango inferior en el orden de los seres.

Un espíritu piensa; pero en él se distingue bien el poder ó la potencia de pensar y el acto de pensar: la potencia precede al acto.

Esto se ve patente en el espíritu humano: aguarda que los sentidos le muestren las imágenes y las formas sobre las cuales ejerce su actividad.

El tiempo separa bien estas dos cosas, que es

imposible confundir: el poder ó la facultad de pensar y el acto de pensar.

Esto no sólo se realiza en el espíritu humano, que no es puro, porque necesita de los sentidos del cuerpo para todas sus operaciones.

Se realiza también, en todo espíritu creado, aunque sea puro.

Aunque no haya intervalo apreciable de tiempo entre la existencia actual del poder, de la potencia de pensar, y el acto de pensar, no podemos dejar de concebir que la potencia es, al menos lógicamente, anterior al acto; que pensar es más perfecto, que el tener simplemente la potencia de pensar; que, por consiguiente, el acto perfecciona la potencia y forma con ella una especie de composición intelectual: que, en fin, el espíritu sería más perfecto si fuese el pensamiento mismo.

Esto mismo puede afirmarse del querer y de todas las operaciones intelectuales.

Si en el primer ser hubiese esta composición intelectual de potencia y acto, habría algo de primero, la potencia, y algo de segundo, el acto; habría algo menos perfecto, la potencia, y algo más perfecto, el acto.

Esto es imposible: Dios es el primero, todo pri-

mero y, de consiguiente, es primeramente lo que es más perfecto.

El es acto todo, y Santo Tomás ha dicho muy bien de él que es un acto puro: *Deus est actus purus*.

Dios, en consecuencia, es el primer ser, es un espíritu puro, es un acto purísimo.

Pero hay más todavía: penetremos hasta el fondo del misterio de la simple naturaleza divina.

Todo ser tiene una esencia; es decir, un atributo por el cual ese ser es lo que es.

Este atributo, esta esencia, se distingue, en todo ser, de la existencia: esencia y existencia son cosas diversas: la esencia es lo primero, la existencia lo segundo: podemos concebir ésta después de aquella.

“Soy escultor, dice el P. Monsabré,¹ y he soñado hacer una obra de arte. ¿Creéis que yo amase la arcilla que debo entregar al práctico, antes de haber contemplado mi obra en el interior de mí mismo? Nada está comenzado y ya todo está hecho. Mi alma, entregada á los sublimes tormentos de la inspiración, busca, recoge, fija los límites,

¹ Confer. VII.

los contornos, el plan, la expresión del dios, del héroe, de la escena que deben hacer célebre un bronce, inmortal un mármol.”

“La idea de mi obra, continúa el P. Monsabré, precede á su existencia. La idea es un acto de mi alma; pero, con relación á la obra exterior que la fija, no es más que una potencia.”

La esencia, pues, está separada de la existencia: un ser no es su esencia.

“La esencia de un ser, agrega el P. Monsabré, concebida por la causa primera, antes de darle la existencia es, con relación á la existencia, como la potencia con relación al acto; y los dos juntos pueden ser considerados como el límite extremo del compuesto.”

El ser divino franquea, por su naturaleza, este límite extremo.

Porque, ¿quién concebirá su esencia antes de la existencia, siendo, como es, el primer ser?

¿De quién recibirá su esencia la existencia, si, siendo como es la fuente del ser, existe por sí mismo?

“Es el primero, concluye el P. Monsabré, es por sí mismo; luego él es su misma esencia.”

Dios, por tanto, no es cuerpo, no es compues-

to de espíritu y cuerpo: es puro espíritu sin composición intelectual de potencia y acto, de esencia y de existencia.

Esta es la última expresión de la simplicidad divina.

Y no se diga que todas estas eliminaciones nos ponen en presencia de una mónada impalpable que se asemeja mucho á una abstracción.

Dios es espíritu; es sustancia, no en el sentido etimológico de esta palabra que nos representa un ser oculto bajo los fenómenos, porque en Dios no hay fenómenos, sino en el sentido propio en que un controversista de los primeros tiempos la definía, diciendo: "Se llama sustancia lo que es siempre por sí mismo, es decir, lo que subsiste dentro de sí por una virtud propia, lo cual no conviene perfectamente más que á Dios." ¹

Un ser que subsiste por sí mismo, no es, no puede ser, una abstracción.

La abstracción no subsiste en sí, subsiste en otro ser: esto es elemental.

Nos parece Dios, al influjo de estas negaciones, como un ser abstracto y vacío, porque nuestros espíritus imperfectos no están habituados á

¹ Sabadins lib. cont. Arium.

ver, bajo la negación de los límites del ser, la afirmación de su plenitud.

"La negación, dice el P. Monsabré, nos hace ilusión; creemos que se suprimen las aguas del Océano, cuando se quita el límite á sus riberas."

La simplicidad no es una reducción, sino una ampliación del ser divino.

"Dios es simple, dice S. Agustín, ¹ porque El es todo lo que tiene: *Deus ideo simplex dicitur, quia quidquid habet hoc est.*

LAS PERFECCIONES DIVINAS.

¿Puede llamarse perfecto al Ser Divino?

Perfecto viene de perfeccionar, del verbo latino *perficere*, que á su vez se forma de dos palabras, *per facere*.

Es decir, que perfecto se llama un ser que recibe de otro algo que le completa: perfeccionar, es acabar una cosa completamente, darle la última mano.

Dios, que es el primer Ser, de nadie recibe nada.

¹ De Civ. Dei II, cap. 10.

No se puede, en consecuencia, llamarle perfecto, en el sentido etimológico de la palabra.

Lo que no es hecho, decía San Gregorio,¹ no puede propiamente llamarse perfecto: *neque enim quod factum non est, proprie dicitur esse perfectum*: no se puede decir propiamente que lo que no es hecho, es perfecto.

Pero tenemos que resignarnos á nuestra impotencia, frente á frente de las cosas divinas, y, ya que no lo podemos hacer de otro modo, someter, como dice el Padre Monsabré, á la tiránica debilidad de nuestro lenguaje, la inexpressible plenitud del Ser Divino: *sed ejus plenitudine*, decía San Gregorio, *per quamdam angustiam nostræ locutionis exprimimus*.

Dios es perfecto, porque un ser es perfecto, cuando tiene su plenitud, cuando nada le falta á lo que debe ser, cuando tiene en alto grado todo lo que le conviene á su naturaleza, cuando todo lo que tiene en sí, de potencia, ha pasado al acto.

Y en Dios, todo está en acto: es, como antes lo hemos demostrado, un acto purísimo.

Su perfección, por incomprensible que sea á

¹ Moral. lib. XXIII.—Cap. II.

nuestra débil inteligencia, es para nosotros evidente, ante el rigor del razonamiento.

Dios es perfecto, en El tienen que encerrarse todas las perfecciones.

Nada hay en el efecto, que no esté en la causa formalmente, si la causa es unívoca; de un modo virtual, si es equívoca.

En el mundo, el hombre más entorpecido en sus facultades, descubre la bondad y la belleza.

“Los astros, dice el P. Monsabré, las revelan en el esplendor de su luz y en la armoniosa regularidad de su movimiento; la tierra, en la variedad inmensa de sus adornos y en la prodigiosa fecundidad de su seno; el Océano, en la majestad de sus olas, en el poder de sus furiosos, en la benevolencia de sus emanaciones que suben á los cielos para refrescar, llevadas por las brisas, á la fatigada tierra; la flor, en la originalidad de sus dibujos, en la gracia de sus formas, en la transparencia de su frágil ropaje, en los matices de sus colores, en el casto amor que la fecunda; el animal, en las líneas armoniosas de su cuerpo, en la impetuosidad de sus movimientos, en el ardor de sus corajes, en la fidelidad de sus servicios.”

El cuerpo humano, á su vez, las revela, porque

es un cuerpo que gravita, que vegeta y vive de un modo más perfecto que todos los cuerpos.

Y el alma humana las revela de un modo más amplio y más extenso: *natura cognocens*, dice Santo Tomás, *habet majorem amplitudinem et extentionem*.

El alma humana es hermosísima.

“Si pudiéramos verla, decía Platón, quedaríamos de tal modo arrebatados con su hermosura, que los más bellos espectáculos de la naturaleza no podrían arrancarnos de la contemplación de nosotros mismos.”

“Cuando á través del velo móvil que la envuelve, dice con su elegantísima frase el P. Monsabré, deja pasar el alma del sabio un rayo de sus perfecciones, se reconoce en él al rey del mundo y las bellezas de la tierra y del firmamento no son, ante la suya, más que bellezas vulgares.”

“Esta frente ancha y serena, estos ojos dulces y profundos, esta boca en que la bondad ha fijado su sonrisa, esta fisonomía tranquila á la que no atormentan las pasiones domadas, esta palabra dulce y grave como una música celeste, todo nos revela el orden de una grande alma en que la ciencia, la fuerza, la justicia, el amor, la bondad, la miseri-

cordia, viven en la regia paz de la santidad, aguardando su plenitud. El santo no está beatificado todavía, pero goza de su santidad como de una prenda que le asegura su bienaventuranza.”

Los seres de la creación tienen cada cual sus perfecciones y sus bellezas; en el hombre se reúnen todas: el alma humana es un mundo inmaterial en que viven todos los seres, en su forma más pura, más elevada, más inalterable: la idea.

Y si en todos los seres hay perfecciones, y si en el alma humana están todas juntas en una forma inmaterial, ¿nos atreveremos á negar que en Dios existen todas las perfecciones reales y posibles?

“Dios es perfecto y lo es eminentemente, porque todas las perfecciones mezcladas se despojan en él de su forma específica para tomar su forma divina, y lo es soberanamente porque todas las perfecciones simples, como dice el Padre Monsabré, siguiendo á Santo Tomás, responden en él á la más alta pureza de su concepto.”

Esas perfecciones se penetran mutuamente en Dios, porque son un acto solo, ninguna de ellas crece con mengua de otra, como sucede en las criaturas.

En Dios la actividad no perjudica al reposo,

ni la libertad á la inmutabilidad, ni la justicia á la misericordia, ni la fuerza á la benignidad, ni la efusión amorosa á la constante é inagotable plenitud.

Y esa perfección divina es una perfección sin medida.

La perfección en las criaturas está limitada por cuatro factores que la someten á su despótico imperio: el espacio, el movimiento, el tiempo y el número.

La perfección del mundo está circunscrita por el espacio en que cada ser, cualquiera que sea la extensión de su sustancia y de su acción, ocupa un lugar determinado que no puede pertenecer á otro más que á él.

La perfección de Dios no conoce los límites del espacio: es inmensa.

Dios está en todas las cosas no como parte de esencia ó como accidente: está como agente, y el agente está en donde obra.

Dios es el mismo ser por esencia: el ser creado, es decir, el ser que de Dios recibe el ser, es su efecto: como quemar es el efecto propio del fuego, propio efecto es del ser único, el ser creado, el ser que El cria.

Y este efecto lo causa Dios en las criaturas, no sólo cuando comienzan á nacer, sino mientras conservan el ser, así como la luz se causa por el sol en el aire, mientras el aire permanece iluminado por el sol.

“Es necesario, dice el Padre Monsabré, que Dios gobierne á los seres, que los encamine, que les conserve la existencia.”

Si Dios se retirara, al punto las tendencias al bien quedarían sin objeto, el orden y la proporción del mundo carecerían de regulador, desaparecería la vida, se borraría la belleza, se dispersaría el ser, ya nada habría.

Dios está en todas partes, pero sin dividirse con el lugar.

Está en todas partes, todo entero allí donde obra, como está el alma entera allí en donde mueve y vivifica; y obra en todas las más íntimas divisiones del espacio.

Dios está en todas partes, pero sin salir de sí mismo: los espacios no lo contienen, él es quien contiene los espacios.

Dios es, diremos con una frase antigua, pero correcta y expresiva, *todas partes*, más bien que un ser que está en todas partes: *Deus minus est ubi-*

que, quam ipsum ubique. Esto no lo comprendemos; pero sabemos con certidumbre que tiene que ser así: está en todas partes, porque es el agente y el agente está en todas las cosas creadas por él.

“La perfección de Dios es inmensa, concluye el Padre Monsabré, es inmensa en todo el espacio real y posible, inmensa en cada punto indivisible del espacio.”

Y esta perfección en Dios, que no está limitada por el espacio, tampoco lo está por el movimiento.

Todo en la creación cambia y caduca, los cielos mismos se gastan en sus revoluciones y en un día se desgarrarán como un vestido ya viejo por los años.

En la naturaleza todo pasa.

Dios habla y dice: “yo soy el Señor y no me mudo, *Ego sum Dominus et non mutor.*”

Ni podría cambiar: él es el ser mismo: quiere ser lo que es: no puede querer otra cosa: es ser siempre y necesariamente: no puede haber más ó menos de ser en el ser mismo.

El, pues, no puede cambiarse: menos lo puede cambiar otro.

Su perfección está, entonces, fuera del movimiento; es inmutable.

Está fuera del tiempo.

En Dios no hay años.

El tiempo mide la vida de las criaturas: el tiempo es impotente para medir la vida de Dios.

En el ser inmutable no hay movimiento ni sucesión: en el ser simple no hay recuerdo ni esperanza, porque esto sería una composición ajena de la implicidad perfecta. Si Dios, pues, es inmutable y simple, está fuera del tiempo.

El tiempo es la medida del movimiento: la eternidad es la medida del ser permanente: el tiempo es la vida sucesiva, la eternidad es la posesión simultánea y perfecta de una vida interminable. Dios, en fin, está fuera del número. Dios es infinito.

Dios es uno, no como la unidad que se añade á sí misma para formar el número, no como el número acabado que pueda dividirse en todas sus unidades: es la unidad incomunicable, indivisible, pero llena de una multiplicidad infinita.

Sus perfecciones sin número, distintas por su razón formal y su concepto, se penetran, y en la realidad y no forman más que una sola perfección, la cual se confunde con el mismo ser divino.

Dios es todo lo que tiene: tener y ser no son en él dos cosas distintas.

Su naturaleza de primer principio resiste á toda composición.

En Dios, pues, está de un modo eminente todas las perfecciones, formando una sola y confundiendo en su mismo ser.

Dios es perfecto, y su perfección es inmensa, inmutable, eterna, infinita.

LA INTELIGENCIA DIVINA.

El Ser divino, cuya existencia se impone á la razón casi como un axioma indiscutible, cuya personalidad se percibe sin esfuerzo, cuya naturaleza se ostenta á las miradas del hombre en una simplicidad admirable y cuyas perfecciones, constituyendo una sola, están desligadas del movimiento y del espacio, del tiempo y del número, que fatal é inevitablemente limitan á toda sustancia creada; el Ser divino, cuya plenitud infinita está encerrada en la simplicidad más perfecta, no es, no puede concebirse como un ser infecundo, como un ser inactivo, como un ser inerte, sin fuerza y sin vida.

Dios obra; obra dentro de sí mismo, porque es

el primero y el más perfecto de todos los vivientes; obra fuera de sí mismo, porque es la causa universal de todo lo que existe.

Es necesario, por lo mismo, aunque sea rápidamente, después de haber bosquejado al Ser divino, como enseña Santo Tomás, estudiar sus operaciones: *post considerationem eorum quæ ad divinam substantiam pertinent, restat considerandum de his quæ pertinent ad operationem ipsius.*

Y la primera operación que se ofrece á nuestra vista, de aquellas que se realizan en el interior de Dios, es la operación de la inteligencia.

Dios es inteligente. Dios, que es el primer ser, tiene que ser el primer principio de todas las cosas y el creador del orden: de otro modo, no sería el primero de todos los seres.

No puede, entonces, obrar sin una idea que determine de antemano la naturaleza de cada uno de los seres y sin un designio que lleve á la unidad la muchedumbre inmensa de las cosas creadas.

La idea y el designio no se conciben sin inteligencia; Dios, entonces, tiene que ser inteligente.

Además, en la escala de las perfecciones creadas, nadie duda, que la inteligencia sobrepasa á todas.